



## CAPITULO VI

Haroum-al-Raschild

**E**L siete de Julio, al día siguiente de la recepción palaciega, entró como teniente de la Guardia Palatina mi adorado Aquiles: aquel fué para mí un gran día, un día de los que se marcan con piedra blanca. Después de la comida se improvisó un bailecillo, él me sacó á dar unas vueltas y cuando nos sentamos teníamos arreglado ya todo lo tocante á la forma de vernos. Aquiles era lo más mono: había alquilado una casa sola, alegre, retirada é incapaz de ser descubierta por el más hábil; la había amueblado y la ponía á mi disposición para que celebráramos en ella nuestras entrevistas.

— Es pobre y pequeña; pero sea como sea, se volverá un palacio á la hora que la ocupes.

Apreté la mano á Aquiles y le miré con toda la ternura de mi alma. No puedo negar que estuve chiflada por

Aquiles, que me había cogido de la nuca y me zarandeaba como á una chiquilla. Nada, nada veía, sabía, oía, ni entendía, que no fuera por los ojos, el entendimiento y las orejas de mi bien amado. ¡Ah, poetas necios, que habláis del primer amor, de ese fruto verde y sin substancia, como de lo más bello y sabroso que existe! El amor, versificadores hueros, llega cuando llega; no al primero, ni al segundo, ni al quincuagésimo afecto. Yo le había esperado siempre como si me hubiera dado cita para un lugar que ni él ni yo sabíamos; pero estaba segura de que vendría; y llegó al fin como rey y señor de mi alma, alumbrándolo todo, alegrándolo todo, transformándolo todo...

El domingo, que terminó mi servicio en Palacio, estuve nerviosa, violenta, disgustada, alegre, furiosa, triste, llena de los sentimientos más contradictorios... A las nueve de la mañana llegaba en calesa de punto á una casa de la calle de Necatitlán, de cuyo número no quiero acordarme.

— ¡Qué rumbo tan singular ha escogido Aquiles! ¡Cuántos ensabanados; cuánta gente sucia y pobremente vestida; cuántos chiquillos desnudos; cuántas zanjas descubiertas; cuántos establos de vacas tuberculosas; cuánta pobreza y cuánto descuido!...

Pero al pensar que me iba á reunir con él, encontré los montones de basura ricos de color, ricos de olor y de belleza ricos; los guijarros de una plazuela por donde el coche pasó dando horribles tumbos se me figuraron esme-

raldas, brillantes y rubíes que lanzaban sus mejores rayos al saber que me acercaba á mi amado; y hasta vi á los chicos que rodearon el coche, á las mujeronas que se detuvieron á verme bajar y á la vieja á quien pregunté por la habitación, como las gentes más finas y bien criadas que hubiera en el mundo.

— A la derecha, primera puerta, número veintidós, me dijo la portera.

Pero como mi optimismo no pudiera impedir que la casona me pareciera la más triste, incómoda y fea que hubiera visto, mi imaginación acudió en mi auxilio: recordé una vieja novela en que el amante lleva á su querida á un horrible edificio lleno de moho y podredumbre; ella se desconsuela, y cuando se abren las puertas del tugurio ve un palacio, un gran palacio lleno de cosas preciosas y caras.

Mas poco me duró mi placer: la habitación era de la laya de las otras que había visto al pasar: una cama de hierro nueva y limpia, eso sí; una cómoda, un diván, un buró, un roperillo de mala muerte y dos sillas componían el moblaje; sin que alegraran aquellas paredes desconchadas, aquellas puertas vacilantes, aquellos vidrios tristes y sucios, ni un cuadro, ni un tiesto de flores, ni una chuchería de las que las mujeres buscamos, porque solemos darle más valor al adorno que al vestido.

No tardó en llegar Aquiles y no tardé yo en olvidar

todas mis sorpresas y todas mis desazones. El dúo de amor empezó lleno de ternezas y de entusiasmos y acabó lleno de recriminaciones y de escenas de celos.

— Tú, le dije, has conservado tu cuarto en la casa, y eso no me gusta.

— Es el cuarto de Zanetti; el mío tú sabes bien quién lo habita... Necesito guardar mis cachivaches en alguna parte.

— Pero tienes habitación en Palacio.

— Y en ella viviré; pero no conviene desalojar aquello definitivamente... Un cambio de posición me haría perder ese excelente cuarto, que nada me cuesta y que me sirve de mucho.

— ¿Y no irás allá por ver á la hija de don Alonso?

— ¿Qué Alonso? ¿El viejo fuereño que te acompañó á ver la iluminación?

— No hay otro en la casa.

— Es muy sosita; tiene tan poca gracia...

— Pero es muy rica. .

— Muy... Quítale el muy; tendrá tres ó cuatro miles de duros con lo que sobra para que aquí le vean á uno como un rico que apenas Fúcar puede descalzarle.

— Tiene más de medio millón.

— Pues ni con medio, ni con un millón, ni con todos los millones del mundo, puede igualarse esa criatura á esta nena disputadora y furiosa.

— ¿De veras, Aquiles de mi alma?

— De veras, vida mía.

Y sellamos aquella reconciliación con el beso más ardiente de nuestra vida.

— Y ahora no pensemos, declaró él, en celos ni en tonterías; vamos á hablar de cosas gratas... Ibas muy linda el día del cumpleaños del Emperador.

— Iba así porque llevaba encima una alhaja que había cubierto de besos, y que me había mandado la persona que más quiero en este mundo.

— ¿Te gustó?

— ¡Ya lo creo que me gustó! pero más me gustó la forma delicada con que la pusiste en mi armario... ¿Cómo te introdujiste al Palacio, duendecillo? ¿Quién te dejó entrar en mis habitaciones, malhechor?

— Es mi secreto, como dicen en las novelas.

— Pues sorpréndanme así no tus regalos, sino tus visitas.

— Pero basta ya de agradecimientos por una cosa que nada vale. Dime qué hay de nuevo por el Palacio.

Le referí con la mayor gracia que pude todo lo que había pasado en la comida, y él que lo sabía de antemano, me dijo contento:

— Sí, sí, ya lo sabía; pero para que veas que soy más generoso que tú, no te recrimino ni te hago escenas por las flores con que te obsequió el viejo Rivaseacho.

— ¡Qué flores, ni qué niño muerto!... Me dijo cosas, lo que se dice á cualquier vecina que no es un monstruo.

— Algo más, algo más; pero ya ves como tengo confianza en ti; ni una palabra te reprocho.

— Es que sabes que me tienes cogidita del corazón y que no he de conseguir soltarme de tu poder ni á tres tirones.

— ¿Y qué hace la Emperatriz?

— Casi nada; la buena señora habla tan poco, tiene un humor tan variable, es tan orgullosa...

— En cambio el Emperador es un encanto. Piensa no más si no tiene chiste lo que te voy á referir. El día que entré á la Guardia Palatina recibí orden de pasar á ver á S. M. Ya me esperaba Maximiliano envuelto en una gran capa negra, tocado con sombrero ancho y vestido con traje de charro.

— Hola, vizconde, me dijo, preparaos porque tenemos que salir de aventura.

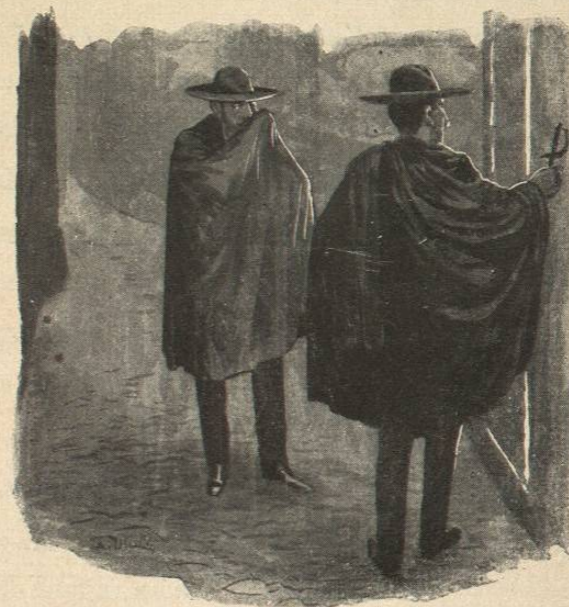
Me chocó lo de aventura, porque sabía que S. M. era la persona más formal del mundo y que se acostaba diariamente á la hora de las gallinas.

— Sire, le pregunté, ¿qué preparativos debo hacer para correr la aventura á que se refiere V. M.?

— Envolveos como yo en una capa, cubríos con uno de estos sombreros mexicanos que tan bien tapan el rostro, y venid en seguida á buscarme, que ya os estaré esperando.

Me puse en la traza que Maximiliano exigía, y llegué á poco á su presencia; él ya estaba listo y daba vueltas en el corredor ocultando bajo la capa algo que de seguro debíamos llevar á la expedición.

Salimos del Palacio por una puerta excusada, atrave-



samos calles hediondas, tristes y oscuras en que apenas se veía algún sereno dormilón, alguna pareja de léperos que se tambaleaba, unos novios que se decían ternezas ó un gato que huía espantado al mirarnos. En algunas accesorias se oía roncar; en otras se percibían rumores de contienda; de algunas salían quejidos de guitarra, lamentos de canción, voces apagadas que á veces parecían risas

y á veces lloro. Seguimos adelante hasta llegar á la calle del Arco y nos paramos en una puerta que dejaba salir hacia el umbral un reguero de luz. Dentro se oían voces de ¡ahó! ¡ahó! ¡ahó! y hería las narices un olorillo grato y suave que no tardaba en confundirse con los desagradables que salían de las atarjeas.

— Tocad, me dijo el Emperador.

Con la empuñadura de mi sable toqué la puerta, pero el mismo acompasado ¡ahó! ¡ahó! siguió percibiéndose durante un gran rato. Volví á tocar y entonces oímos una voz no aguardentosa, sino la que si hablara usaría el chinguirito en persona, que decía á gritos:

— ¿Quién?

— Decid que me abran, ordenó Maximiliano.

— Abrid al Emperador.

— ¿Qué dice?

— Que abran la puerta para que pase S. M. el Emperador.

Dentro se oyó un coro de silbidos, carcajadas, gritos y golpes en las artesas contra las tablas.

— ¡Fuera!

— Son unos franchutes borrachos.

— ¡Mueran los zuavos!

— ¡Muera Napoleón!

— ¡Fuera!...

— ¡Muera Marsimiliano!

— ¡Muera el tudesco!

— ¡Mueran los gabachos!

— ¡Muera el austriaco!

Volví á tocar y la gritería subió de punto.

Volví á tocar y subió de punto la algarada.

— Váyanse á su cuartel, gritó por el ojo de la llave una voz cascada; aquí estamos trabajando y no tenemos gana de broma.

— ¡Abrid, os digo, ó llamamos á la policía!

— Llámenla y verán cómo paran en la cárcel... Borrachos, desvelados, *sinvergüenzas*... Con media palabra que le diga al señor Azcárate, se van á dar á la Martinica.

Luego siguió un coro de imprecaciones, de gritos y de voces, el sonar de hojas de lata y el patear el entarimado.

— ¡Qué buena se la han puesto, hermanos franceses! gritó uno adelgazando la voz.

— Llamen al gris.

— No, tú, nos come el gris.

— Sereno, sereno... Aquí no quieren abrirnos para que bebamos nuestras *copetonas*.

— La cantina es á la vuelta.

— Creen que tenemos *chinguere* y por eso nos tocan.

— ¡Fuera!...

— ¡Muera Francia!

Tamaño escándalo tenía que atraer al sereno, que llegó

poco á poco, con su chuzo, su linterna, su capotón y su sombrero aplastado.

— A ver si dejan de hacer ruido... *No hay orden* de escandalizar en la noche... Cuelen por su camino... Militronches estos más faltosos... No se da uno abasto con sus broncas... Cuelen...

Maximiliano se desembozó, sacó de entre los pliegues de la capa una linterna sorda, y acercándosela al rostro dijo al sereno estupefacto:

— ¿Me conocéis?

— ¡El Emperador! balbuceó el nocturno, muerto de miedo.

— El Emperador soy, en efecto, y el señor es teniente de mis guardias... Tocad para que nos abran, que tenemos que entrar.

El sereno empezó á golpear la puerta y no tardó en conseguir que abrieran un poco las hojas pesadísimas.

— Pero, vecino, que nos moleste usted por el gusto de unos borrachos.

El vecino empujó la puerta, el Emperador penetró á la estancia iluminada de trecho en trecho por unos candiles de aceite, y preguntó con decisión:

— ¿Cuántos hombres hay aquí?

Entre el polvo, las artesas, las tablas forradas de zinc, las hojas de lata llenas de pedazos de harina modelados conforme á yo no sé qué reglas y el montón de masa en